

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo LX. De lo sucedido a Don Quixote yendo a Barcelona.

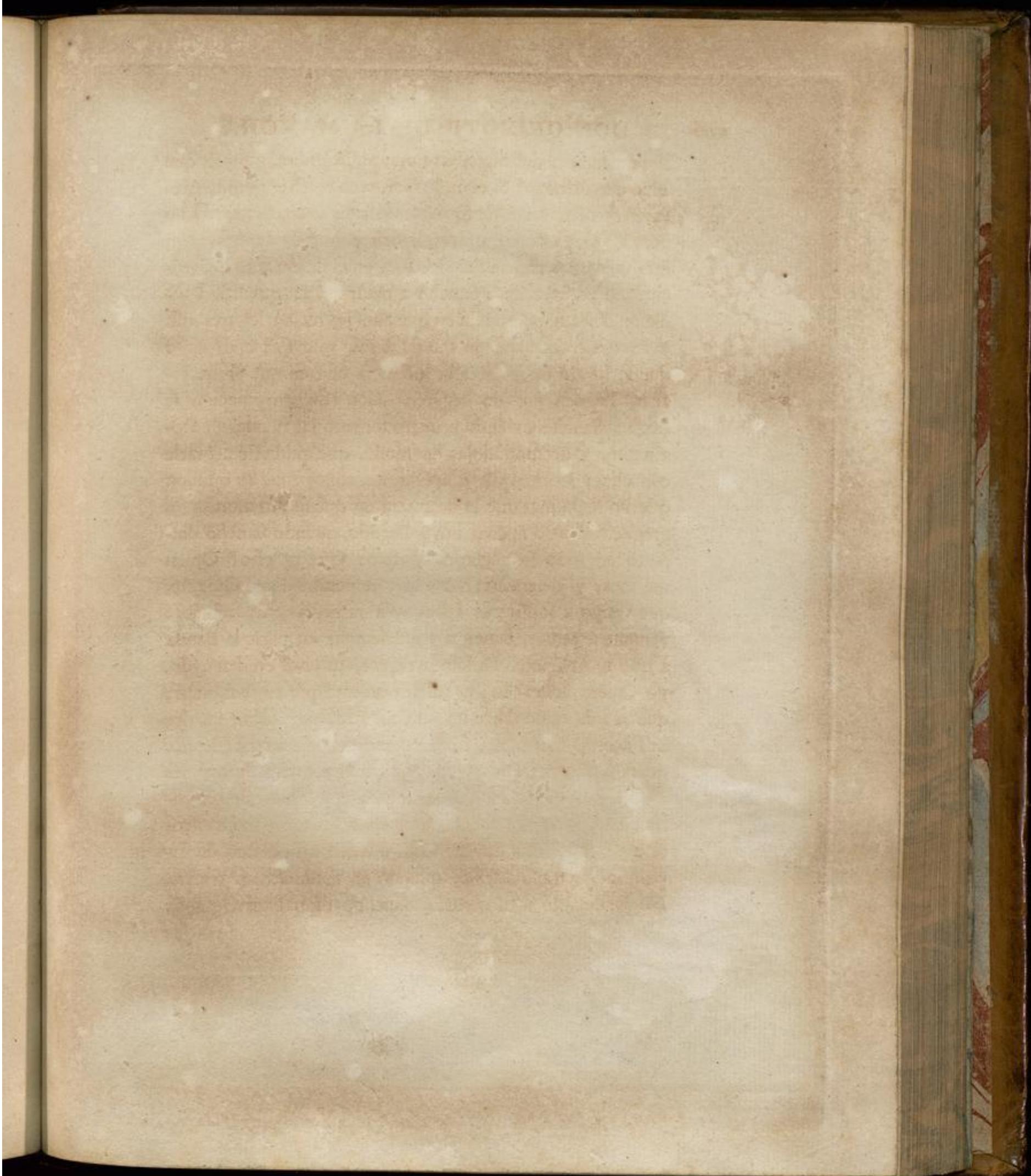
urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

CAPITULO LX.

De lo que sucedió à Don Quixote yendo à Barcelona.

ER A fresca la mañana, y dava muestras de serlo affimismo el dia en que Don Quixote salió de la venta, informándose primero, qual era el mas derecho camino para ir à Barcelona sin tocàr en Zaragoza : Tal era el desèo, que tenia de sacàr mentiròso à aquel nuevo historiador, que tanto dezian, que le vituperava. Sucedió, pues, que en mas de seys dias no le sucedió cosa digna de ponèrse en escritura : Al cabo de los quales (yendo fuera de camino) le tomó la noche entre unas espèssas enzinas, ó alcornoques (que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras cosas suele.) Apeàronse de sus bestias amo, y moço, y acomodándose à los troncos de los arboles, Sancho (que avia merendado aquel dia) se dexò entràr de rondon por las puertas del sueño ; pero Don Quixote, à quien desvelàvan sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegàr sus ojos, antes iva, y venia con el pensamièto por mil generos de lugares : Yà le parecia hallàrse en la cueva de Montefinos ; yà ver brincàr y subìr sobre su pollina à la convertida en labradora Dulcinèa ; yà que le sonàvan en los oydos las palabras del Sabio Merlin, que le referian las condiciones, y diligencias, que se avian de hazèr, y tenèr en el desencanto de Dulcinèa. Desesperàvase de ver la floxedàd, y poca caridad de Sancho su escudero ; pues à lo que creya, solos cinco açotes se avia dado : Numero desigual, y pequeño para los infinitos, que le

le faltavan; y desto recibìò tanta pesadùmbre, y enojo, que hizo este discurso: Si el nudo Gordiano cortò el grande Alexandro, diziendo: tanto monta cortar, como desfatàr, y no por esso dexò de sèr universàl Señor de toda la Asia: Ni mas, ni menos podria suceder aora en el desencanto de Dulcinèa, si yo açotàsse à Sancho à pesàr fuyo; que si la condicion deste remedio està en que Sancho reciba los tres mil, y tantos açotes; que se me dà à mi, que se los dè el, ó que se los dè otro, pues la sustancia està en que el los reciba, lleguen por do llegàren? Con esta imaginacion se llegò à Sancho, aviendo primero tomado las riendas de Rozinante, y acomodàdolas de modo, que pudièsse açotàrle con ellas: Començòle à quitàr las cintas (que es opinion que no tenia mas que la delantera en que se sustentavan los greguèscos) pero apenas huvò llegàdo, quando Sancho despertò en todo su acuerdo, y dixo: Que es esto? Quien me toca, y desencinta? Yo soy, respondiò Don Quixote, que vengo à suprir tus faltas, y à remediàr mis trabajos: vèngote à açotàr, Sancho, y à descargàr en parte la deuda à que te obligàste. Dulcinèa perece, tu vives en descuydo, yo muero deseàndo; y assi desfatàcate por tu voluntad; que la mia es de darte en esta soledàd, por lo menos dos mil açotes. Esso no, dixo Sancho, vueffa mercèd se estè quedo, fino por Dios verdadero, que nos han de oyr los fardos. Los açotes à que yo me obliguè, han de sèr voluntàrios, y no por fuerça, y agora no tengo gana de açotàrme: Basta que doy à vueffa mercèd mi palabra de vapulàrme, y mosqueàrme, quando en voluntad me viniere. No ày dexàrlo à tu cortesia, Sancho, dixo Don Quixote, porque





Jr.^s Vanderbank inv. et delin.
Vol. 4. P. 247

Ger. VanderGucht sculp.
56



porque eres duro de coraçon, y aunque villano, blando de carnes; y assi procurava, y pugnava por desenlaçarle. Viendo lo qual Sancho Pança, se puso en pie, y arremetiendo à su amo, se abraçò con el à braço partido, y echándole una zancadilla, diò con el en el suelo boca arriba; puso la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos de modo, que ni le dexava rodear, ni alentar. Don Quixote le dezia: Como, traydor, contra tu amo, y señor natural te desmandas? Con quien te dà su pan, te atreves? Ni quito Rey, ni pongo Rey, respondió Sancho, fino ayúdome à mi, que soy mi Señor. Vuestra merced me prometa, que se estará quedo, y no tratarà de açotarme por agora, que yo le dexarè libre, y desembaraçado; donde no, aquí moriràs, traydor, enemigo de Doña Sancha. Prometiòselo Don Quixote, y jurò por vida de sus pensamientos, no tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaria en toda su voluntad, y alvedrio el açotarse quando quisièsse. Levantòse Sancho, y desviòse de aquel lugar un buen espacio; y yendo à arrimarse à otro arbol, sintiò, que le tocavan en la cabeça, y alçando las manos, topò con dos pies de persona con zapatos, y calças. Temblò de miedo; acudiò à otro arbol, y sucediòle lo mesmo: Diò voces llamando à Don Quixote, que le favorecièsse. Hizolo assi Don Quixote, y preguntándole, que le avia sucedido, y de que tenia miedo? Le respondió Sancho, que todos aquellos arboles estavan llenos de pies, y de piernas humanas. Tentòlos Don Quixote, y cayò luego en la cuenta de lo que podia ser; y dixole à Sancho: No tienes de que tener miedo, porque estos pies, y piernas que tientas, y

no

no vès, sin duda fon de algunos foragidos, y vandoleros, que en estos arboles estàn ahorcados, que por aquí los fuele ahorcàr la justicia, quando los coge, de veynte en veynte, y de treynta en treynta; por donde me doy à entender, que devo de estàr cerca de Barcelona; y assi era la verdàd, como el lo avìa imaginàdo. Al amanecèr alçaron los ojos, y vièron los razimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandolèros.

Y à en esto amanecià, y si los muertos los avian espantado, no menos los atribulàron mas de quarenta vandoleros vivos, que de improvísò les rodeàron, dizièndoles en lengua Catalana, que se estuvièssen quedos, y se detuvièssen, hasta que llegàsse su capitan. Hallòse Don Quixote à pie, su cavallo sin freno, su lança arrimada à un arbol, y finalmente sin defenfa alguna; y assi tùvo por bien de cruzàr las manos, è inclinàr la cabeça, guardàndose para mejor fazon, y coyuntura. Acudieron los vandoleros à espulgar al ruzio, y à no dexàrle ninguna cosa de quantas en las alforjas, y la maleta traÿa; y avinole bien à Sancho, que en una ventiera, que tenia ceñida venian los escudos del Duque, y los que avian facado de su tierra; y con todo effo aquella buena gente le escardàra, y le miràra hasta lo que entrè el cuero, y la carne tuvièra escondido, sino llegàra en aquella fazon su capitan, el qual mostrò ser de hasta edad de treynta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de miràr grave, y color morèna. Venia en un poderòso cavallo, vestida la azerada cota, y con quatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman Pedreñales) à los lados. Viò que sus escuderos (que assi llaman à los
que

que andan en aquel exercicio)ivan à despojàr à Sancho Pança: mandòles, que no lo hizièssen, y fuè luego obedecido, y assi se escapò la ventiera. Admiròle ver lança arrimada al arbol, escudo en el fuèlo, y à Don Quixote armado, y pensativo, con la mas triste, y melancòlica figura, que pudiesera formar la misma tristeza. Llegòse à el, diziéndole: No estèys tan triste, buen hombre, porque no avèys caydo en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque guiñart, que tienen mas de compassivas, que de rigurosas. No es mi tristeza, respondiò Don Quixote, avèr caydo en tu podèr, ò valeroso Roque (cuya fama no ày limites en la tierra que la encièren) sino por avèr fido tal mi descuydo, que me àyan cogido tus soldados sin el freno, estàndo yo obligado (segun la orden de la andante Cavalleria que professò) à vivìr continuo alerta, sièndo à todas horas centinela de mi mismo: Porque te hago saber, ò gran Roque, que si me hallàran sobre mi cavallo con mi lança, y con mi escudo, no les fuèra muy facil rendirme, porque yo soy Don Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guiñart conociò, que la enfermedad de Don Quixote tocava mas en locura, que en valentia; y aunque algunas vezes le avia oydo nombrar, nunca tuvo por verdàd sus hechos, ni se pudo persuadir, à que semejante humor reynàsse en coraçon de hombre; y holgòse en estremo de avèrle encontràdo, para tocar de cerca lo que de lexos, dèl avia oydo; y assi le dixo: Valeroso Cavallero, no os despechèys, ni tengàys à siniestra fortuna esta en que os hallàys, que podria ser, que en estos tropieços vuestra torcida fuerte se endereçàsse; que el Cielo

TOM. IV.

K k

por



por estraños, y nunca vistos rodeos (de los hombres no imaginados) fuele levantàr los caydos, y enriquezèr los pobres. Ya le iva à dar gracias Don Quixote, quando fintièron à sus espaldas un ruydo como de tropel de cavallos, y no era fino uno solo, sobre el qual venia à toda furia un mancebo, al parecèr de hasta veynte años, vestido de Damasco verde con passamanos de oro, greguescos, y saltambarca, con sombrero terciado à la balona, botas encerradas, y justas, espuelas, daga, y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas à los lados. Al ruydo bolviò Roque la cabeça, y viò esta hermosa figura, la qual en llegando à el, dixo: En tu busca venia, ô valeròso Roque, para hallàr en ti fino remedio, alomènos alivio en mi desdicha, y por no tenèrte suspenso (porque sè que no me has conocido) quiero dezirte quien soy. Soy Claudia Geronima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que assi mismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario vando; y yà sabes que este Torrellas tiene un hijo, que Don Vicente Torrellas se llama, ô alomenos se llamava no hà dos horas. Este, pues, por abreviàr el cuento de mi desventura, te dirè en breves palabras la que me ha causado. Viòme, requebròme, escuchèle, enamorème à hurto de mi padre (porque no ay muger por retirada que estè, y recatada que sea, à quien no le sobre tiempo, para ponèr en execucion, y efecto sus atropellados desdèos.) Finalmente el me prometìò de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser fuya, fin que en obras passàffemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me devia, se casava con
otra,

otra, y que esta mañana iba à desposarse (nueva que me turbò el sentido, y acabò la paciencia) y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que vees, y apresurando el passo à este cavallo, alcancè à Don Vicente obra de una legua de aqui; y sin ponerme à dar quejas, ni à oyr disculpas, le disparè esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y à lo que creo, le devì de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas, por donde, embuelta en su sangre, salièsse mi honra. Allí le dexo entre sus criados, que no osaron, ni pudieron ponerse en su defensa. Vengo à buscarte para que me pases à Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo à rogarte, defiendas à mi padre, porque los muchos de Don Vicente no se atrevan à tomàr en el desafortada vengança. Roque, admirado de la gallardia, bizarría, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, le dixo: Ven, Señora, y vamos à ver, si es muerto tu enemigo, que despues veremos lo que mas te importare. Don Quixote, que estava escuchando atentamente lo que Claudia avia dicho, y lo que Roque Guiñart respondiò, dixo: No tiene nadie para que tomàr trabajo en defendèr à esta Señora, que lo tomo yo à mi cargo. Denme mi cavallo, y mis armas, y espèrenme aqui, que yo irè à buscar à esse Cavallero, y muerto, ó vivo le harè cumplir la palabra prometida à tanta belleza. Nadie dude desto, dixo Sancho, porque mi Señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias, que hizo casar à otro, que tambien negava à otra donzella su palabra; y fino fuera porque los encantadores, que le perfiguen, le mudaron su verdadera figura en



la de un lacayo, esta fuera la hora, que yà la tal donzella no lo fuera. Roque, que atendia mas à pensàr en el successo de la hermosa Claudia, que en las razones de amo, y moço, no las entendió; y mandando à sus escuderos, que bolvièssen à Sancho todo quanto le avian quitado del ruzio (mandàndoles assimismo, que se retiràssen à la parte donde aquella noche avian estado aloxados) luego se partiò con Claudia à toda prièssa à buscàr al herido, ó muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontrò Claudia, y no hallaron en èl fino recien derramada fangre; pero tendièdo la vista por todas partes, descubrièron por un recuesto arriba alguna gente, y dièronse à entender (como era la verdàd) que devia ser Don Vicente, à quien sus criados, ó muerto, ó vivo llevavan, ó para curàrle, ó para enterràrle. Dièronse prièssa à alcançàrlos, que como ivan de espacio, con facilidad lo hizieron. [Hallaron à Don Vicente en los braços de sus criados, à quien con cansada, y debilitada voz rogava, que le dexàssen alli morir, porque el dolor de las heridas no consentia, que mas adelante pasàsse. Arrojàronse de los cavallos Claudia, y Roque, llegàronse à el, temièron los criados la presençia de Roque, y Claudia se turbò en ver la de Don Vicente; y assi entre enterneçida, y rigurosa se llegò à el, y assièndole de las manos, le dixo: Si tu me dièras estas conforme à nuestro concierto, nunca tu te vièras en este passo. Abriò los casi cerrados ojos el herido Cavallero, y conocièdo à Claudia, le dixo: Bien veo, hermosa, y engañada Señora, que tu has sido la que me has muerto: Pena no merecida, ni devida à mis deseos con los quales, ni con mis obras jamas quise, ni sùpe ofenderte.

dèrte. Luego no es verdàd, dixo Claudia, que ivas esta mañana à desposàrte con Leonora, la hija del rico Balvastro? No por cierto, respondiò Don Vicente: Mi mala fortuna te deviò de llevàr effas nuevas, para que zelosa me quitàsses la vida, la qual pues la dexo en tus manos, y en tus braços, tengo mi fuerte por venturòsa; y para assegu-ràrte desta verdàd, aprieta la mano, y recíbeme por espòso, si quisières; que no tengo otra mayor satisfacion que darte del agravio, que piensas que de mi has recibido. Apretòle la mano Claudia, y apretòsele à ella el coraçon de manera, que sobre la fangre, y pecho de Don Vicente se quedò desfmayada, y à el le tomò un mortal Parafismo. Confuso estàva Roque, y no sabia que hazèrse: Acudièron los criados à buscàr agua, que echàrles en los rostros, y truxèronla, con que se los bañaron. Bolviò de su desmayo Claudia, pero no de su parafismo Don Vicente, porque se le acabò la vida: Visto lo qual de Claudia (avièndose enterado, que yà su dulce espòso no vivia) rompiò los ayres con suspiros, hiriò los Cielos con queexas, maltratò sus cabellos entregàndolos al viento, afeò su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor, y sentimiento, que de un lastimado pècho pudièra imaginàrse. O cruel, è inconsiderada muger, dezia, con que facilidad te moviste à ponèr en execucion tan mal pensamiento! O fuerça rabiòsa de los zelos, à que desesperado fin conduzis à quien os dà acogida en su pecho! O espòso mio, cuya desdichada fuerte, por ser prenda mia, te ha llevàdo del talamo à la sepultura! Tales, y tan tristes eran las queexas de Claudia, que sacàron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados



tumbrados à vertèrlas en ninguna ocasion. Lloràvan los criados, desmayàvase à cada passò Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmènte Roque Guinart ordenò à los criados de Don Vicente que llevàssen su cuerpo al lugar de su padre, que estàva alli cerca, para que le dièssen sepultura. Claudia dixo à Roque, que queria irse à un Monasterio, donde era Abadesa una tia fuya, en el qual pensàva acabàr la vida, de otro mejor espòso y mas eterno acompañada. Alabòle Roque su buen proposito: Ofreciòsele de acompañarla hasta donde quisièsse, y de defendèr à su padre de los parientes de Don Vicente, y de todo el mundo, si ofendèrle quisièsse. No quiso su compaña Claudia en ninguna manera, y agradecièndo sus ofrecimiètos con las mejores razones que supò, se despidiò del llorando. Los criados de Don Vicente llevàron su cuerpo, y Roque se bolviò à los suyos; y este fin tuvièron los amores de Claudia Geronima: Pero que mucho, si texièron la trama de su lamentable hif-tòria las fuerças invencibles y rigurosas de los zelos?

HALLÒ Roque Guinart à sus escuderos en la parte donde les avia ordenado, y à Don Quixote entre ellos sobre rozinante, hazièndoles una platica, en que les persuadia, dexàssen aquel modo de vivir tan peligròso assi para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rustica, y desbaratada, no les entrava bien la platica de Don Quixote. Llegado que fuè Roque, preguntò à Sancho Pança, si le avian buelto, y restituydo las alhajas, y presèas, que los Suyos del ruzio le avian quitado? Sancho respondiò que si, fino que le faltavan tres tocadores, que

que valian tres ciudades. Que es lo que dizes, hombre, dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Assi es, dixo Don Quixote; pero estimalos mi escudero en lo que hà dicho, por avèrmelos dado quien me los diò. Mandòse los bolvèr al punto Roque Guinart; y mandando ponèr los suyos en ala, mandò traèr alli delante de todos, los vestidos, joyas, y dineros, y todo aquello que desde la ultima reparticion avian robado; y haziendo brevemènte el tantè, bolviendo lo no repartible, y reduziendolo à dineros, lo repartiò por toda su compaõia con tanta legalidad, y prudencia, que no passò un punto, ni defraudò nada de la justicia distributiva. Hecho esto (con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados) dixo Roque à Don Quixote: Sino se guardasse esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos: A lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necesario, que se use aun entre los ladrones mesmos. Oyòlo un escudero, y enarbolò el mocho de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza à Sancho, si Roque Guinart no le diera voces, que se detuvièsse. Pasmòse Sancho, y propùso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuvièsse.

LLEGÒ en esto uno, ó algunos de aquellos escuderos, que estavan puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso à su Mayor de lo que passava, y este dixo: Señor, no lexos de aqui por el camino que va à Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondiò Roque: Has echado de ver, si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No
fino



fino de los que buscàmos, respondiò el escudèro. Pues salid todos, replicò Roque, y traedmelos aquí luego, fin que se os escape ninguno. Hizièronlo assi, y quedàndose solos Don Quixote, Sancho, y Roque, aguardaron à vèr lo que los escudèros trayan; y en este entretanto dixo Roque à Don Quixote: Nueva manera de vida le deve de parecer al Señor Don Quixote la nuestra; nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que assi le parezca, porque realmente le confieso, que no ày modo de vivir mas inquieto, ni mas sobrefaltado que el nuestro. A mi me han puesto en èl, no se que desèos de vengança, que tienen fuerza de turbàr los mas sossegados coraçones. Yo de mi natural sòy compasivo, y bien intencionado; pero como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, assi dà con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado à despecho, y pesar de lo que entiendo: Y como un abismo llama à otro, y un pecado à otro pecado, hanse eslabonado las venganças de manera, que no solo las mias pero las ajenas tomo à mi Cargo: Pero Dios es servido, que aunque me vèo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir del à puerto seguro. Admirado quedò Don Quixote de oyr hablàr à Roque tan buenas, y concertadas razones; porque el se pensava, que entre los de oficios semejantes de robàr, matàr, y salteàr, no podìa avèr alguno, que tuviese buen discurso; y respondiòle: Señor Roque, el principio de la salud està en conocer la enfermedad, y en querèr tomàr el enfermo las medicinas, que el medico le ordena. Vuestra merced està enfermo, conoce su dolencia,

cia, y el Cielo, ô Dios, (por mejor dezir,) que es nuestro medico, le aplicará medicinas, que le fanen, las quales fuelen fanar poco à poco, y no de repente, y por milagro; y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse, que los simples; y pues vuestra merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no ay fino tener buen animo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia; y si vuestra merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, vengafe conmigo, que yo le enseñaré à ser Cavallero andante, donde se pasan tantos trabajos, y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos palétas le pondrán en el Cielo. Rióse Roque del consejo de Don Quixote, à quien, (mudando platica,) contó el tràgico suceso de Claudia Geronima, de que le pesò en estremo à Sancho; que no le avia parecido mal la belleza, desemboltura, y brio de la moça. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos Cavalleros à cavallo, y dos peregrinos à pie, y un coche de mugeres con hasta seys criados, que à pie, y à cavallo las acompañavan, con otros dos moços de mulas que los Cavalleros trayan. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos, y vencedores gran silencio, esperando à que el gran Roque Guiñart hablasse: El qual preguntò à los Cavalleros, que quien eran, y donde ivan, y que dinero llevavan? Uno dellos le respondió: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española; tenemos nuestras compañías en Napoles, y vamos à embarcarnos en quatro galeras, que dizen, están en Barcelona con orden de pasàr à Sicilia: Llevamos hasta dozientos, ô trecientos

T O M. IV.

L 1

escùdos,



escudos, con que à nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntò Roque à los peregrinos lo mismo que à los Capitanes. Fuele respondido, que ivan à embarcarse para passar à Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien, quien iba en el coche, y adonde, y el dinero que llevavan; y uno de los de à cavallo dixo: Mi Señora Doña Guio-
 mar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaria de Napoles, con una hija pequeña, una donzella, y una dueña son las que van en el coche; Acompañamosla seys criados, y los dineros son seyscientos escudos. De modo, dixo Roque Guiñart, que yà tenemos aquí nuevecientos escudos, y sesenta reales. Mis soldados deven de ser hasta sesenta: Mírese à como le cabe à cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo dezir esto los salteadores, levantaron la voz, diziendo: Viva Roque Guiñart muchos años, à pesar de los Lladres, que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los Capitanes: Entristeciòse la Señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Tùvolos assi un rato suspensos Roque; pero no quiso que passasse adelante su tristeza, que yà se podia conocer à tiro de arcabuz; y bolviendose à los Capitanes, dixo: Vuestras mercedes, Señores Capitanes, por cortesia sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la Señora Regenta ochenta, para contentar esta esquadra que me acompaña; porque *el Abad de lo que canta, yanta*; y luego pueden ir su camino libre, y desembaraçadamente con un salvo conduto que yo les darè, para que si
 topàren

topàren otras de algunas esquadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño; que no es mi intencion de agraviar à soldados, ni à muger alguna, especialmente à las que son principales. Infinitas, y bien dichas fuèron las razones con que los Capitanes agradecièron à Roque su cortesia, y liberalidad; que por tal la tuvièron en dexàrles su mismo dinero. La Señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besàr los pies, y las manos del gran Roque, pero el no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdon del agravio, que le avia forçado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandò la Señora regenta à un criado suyo, dièsse luego los ochenta escudos, que le avian repartido; y yà los Capitanes avian desembolsado los sesenta. Ivan los peregrinos à dar toda su miseria; pero Roque dixo, que se estuvièssen quedos; y bolviéndose à los suyos, les dixo: Destos escudos, dos tocan à cada uno, y sobran veynte: Los diez se den à estos peregrinos, y los otros diez à este buen escudero, porque pueda dezir bien desta aventura; y trayèndole adereço de escribir (de que siempre andava proveydo) Roque les diò por escrito un salvo conduto para los mayores de sus esquadras; y despidiéndose dellos, los dexò ir libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y estraño proceder, teniendole mas por un Alexandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dixo en su lengua Gascona, y Catalana: Este nuestro Capitan mas es para Frade, que para vandolero, si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal, sèalo con su hazienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan passò el desventurado, que



dexàsse de oyrlo Roque, el qual echàndo mano à la espada, le abriò la cabeça casi en dos partes, dizièndole: Desta manera castigo yo à los deslenguados, y atrevidos. Pasmàronse todos, y ninguno le osò dezir palabra: Tanta era la obediencia, que le tenian. Apartòse Roque à una parte, y escriviò una carta à un su amigo à Barcelona, dandole aviso como estàva configo el famoso Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero andante, de quien tantas cosas se dezian; y que le hazia sabèr, que era el mas graciòso, y el mas entendido hombre del mundo; y que de allì à quatro dias (que era el de San Juan Bautista) se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre rozinante su cavallo, y à su escudèro Sancho sobre un asno; y que dièsse noticia desto à sus amigos los Niarros, para que con el se solazàssen; que el quisièra que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios, pero que esto era imposible, à causa que las locuras, y discreciones de Don Quixote, y los donayres de su escudèro Sancho Pança no podian dexar de dar gusto general à todo el mundo. Despachò esta carta con uno de sus escudèros, que mudando el trage de vandolero en el de un labrador, entrò en Barcelona, y la diò à quien iba.

C A P I-





J. Kändlerbank inv. et Delin.
Vol. 4. p. 260.

Ger. Kändler Guehl Sculp.
57



